

DESIDERIO VAQUERIZO GIL

Catedrático de Arqueología y director de Arqueología somos todos

Es obvio que arqueología y sociedad se han dado tradicionalmente la espalda, en buena medida porque un porcentaje importante de la población la considera innecesaria e inútil, quizá porque no la entiende, o nunca nadie se la ha explicado. De hecho, es fácil percibir una cierta ignorancia -o por lo menos desinformación- sobre los fundamentos teóricos y metodológicos de la disciplina entre la gente de la calle, incluidos con frecuencia estudiantes y personas de cierto nivel cultural, deformada su visión por el cine, la literatura, la prensa, el cómic, los videojuegos o internet, instrumentos poderosísimos todos ellos a la hora de fijar determinados conocimientos o estereotipos en el imaginario colectivo. De ahí que conocerlos sea importante para el arqueólogo profesional, que puede utilizarlos para llevar su mensaje al gran público y corregir de paso la imagen errónea que mucha gente tiene de la arqueología como simple (e intrascendente) pasatiempo.

Simultáneamente, en una de esas paradojas históricas difíciles de explicar incluso para el profesional, que ve a diario cómo la sociedad se apropia del pasado y de sus significados, transformándolos en función del contexto, la ideología o sus intereses coyunturales, la nuestra es también una de las disciplinas humanísticas que más fascina y llama la atención de cierto perfil de ciudadanos; sobre todo, los de cierto nivel social, educativo y/o económico, que poco a poco comienzan a verla como una profesión de tipo científico. Entre las numerosas razones, destaca la percepción más o menos generalizada de que nuestro legado patrimonial y arqueológico representa una vía de primer orden para: generar conocimiento útil, señas de pertenencia al grupo y vías de futuro (también valores); suscitar curiosidad y emociones; ofrecer experiencias más o menos estimulantes; fomentar la inclusividad; reivindicar la memoria, y ayudar a recuperar el legado material de la historia y el pasado humanos, incluso a sumergirse en él. Echen un vistazo a los trabajos que siguen y tendrán buena prueba de ello. Cobran así pleno sentido afirmaciones como la que realizaba N. Himmelmann allá por los pasados años 80 sobre el valor emocional de la arqueología, que C. Holtorf ha sintetizado más recientemente de manera expeditiva y certera como *archaeo-appeal*.

Como consecuencia de todo lo anterior, y al margen de la investigación científica *sensu stricto*, que como es lógico tiene sus cauces y su propia dinámica, y es la principal fuente de generación y renovación del conocimiento y el tejido patrimonial, cada vez más autores entienden la arqueología como un producto de consumo que, además de riguroso en forma y fondo, debe ser entretenido. Una aberración, sin duda, para los más ortodoxos del ámbito académico, pero que cuenta con décadas de tradición en ámbito anglosajón, y que gana progresivamente adeptos entre el colectivo profesional de arqueólogos, convencidos de que sin apoyo social, sin que la colectividad como destinataria última de nuestra labor delegue en quienes hacemos de la arqueología profesión la "propiedad" sobre un bien que en último término es de todos, su futuro se dibuja cuando menos impreciso. Estos aspectos patrimoniales de la arqueología no terminan de dar con el rumbo adecuado por pura obsolescencia normativa, de concepto, finalidad u organizativa; por disparidades y errores graves en la orientación, o por simple falta de acuerdo en el reparto de competencias, de consenso en cuanto a criterios de intervención y tutela en el seno del colectivo, de sostenibilidad económica y social por deficiencias graves de planificación y rentabilización, de educación -que es siempre una labor de la comunidad en su conjunto-, o de compromiso, más allá de determinadas individualidades o iniciativas. De ahí *Arqueología somos todos*, pues no se puede exigir respuesta, ni mucho menos compromiso, a quien previamente no ha sido educado.

De ese papel determinante que en relación con nuestra disciplina puede ejercer la sociedad, dice mucho la Asociación Arte, Arqueología e Historia de Córdoba, cuyos componentes vienen demostrando desde hace ya varias décadas un interés, un respeto y una implicación con el pasado de Córdoba verdaderamente modélicos. A sus múltiples viajes de estudio por la provincia, por España e incluso fuera de ella, la edición de la revista homónima, y los Premios Juan Bernier, suman ahora, en su imparable camino hacia el compromiso social y la excelencia, la firme colaboración con nuestro proyecto de cultura científica *Arqueología somos todos* a la hora de ofrecer a la ciudadanía, en collera con el Círculo de la Amistad y la Academia Andaluza de la Historia, un ciclo de conferencias de sugestivo título: *Roma en Córdoba*, que lanzamos en formato de curso de extensión universitaria como aliciente añadido para los estudiantes, tan reacios últimamente a este tipo de actividades. Arte, Arqueología e Historia es uno de esos ejemplos que dotan de sentido nuestra labor; que justifican cualquier esfuerzo; que demuestran cómo cuando la ciudadanía asume un papel activo, el futuro se puede cambiar. Si en vez de un centenar, sus socios fueran varios miles, la realidad patrimonial de Córdoba sería, sin duda, otra bien distinta.



Premios Arte, Arqueología e Historia 2011